

CAPÍTULO I

EL DESPERTAR DE LA VILLA ROJA

Los primeros rayos del día asomaban tras las cumbres turolenses y encendían las rojas fachadas de aquel pueblo recostado sobre la colina. Una a una, las casas se iluminaban con la caricia del amanecer. El gris de la noche cedía ante el rojo tierra a medida que la luz inundaba la pequeña localidad.

La torre de la catedral se erguía como un faro en el corazón de la villa y su tejado azulado parecía irradiar la claridad que aún les faltaba a los callejones. El silencio envolvía el paisaje. En verano amanecía pronto y solo el canto desperdigado de algún gallo rompía la calma. El cielo, arrebolado, se fundía con el yeso rojizo de las viviendas, un espectáculo de gamas bermejas que se filtraban entre las cimas de la sierra.

De pronto, resonaron unos pasos lentos, cansados de muchos años de trabajo. Era Francisca, la tabernera que, como cada mañana, acudía a su negocio en la plaza Mayor medieval. Debía preparar los desayunos; pronto los turistas acudirían como hormigas hambrientas. Su taberna ocupaba los bajos de una casona justo frente al ayuntamiento.

Al llegar, clavó la vista al edificio consistorial. Algo no cuadraba. Parecía que una de las banderas se había soltado y colga-

ba lánguidamente del balcón. El edificio, orientado al este, todavía permanecía en penumbra. Las tres banderas oficiales eran parecidas: mostraban como colores predominantes el amarillo y el rojo.

Francisca parpadeó extrañada: le pareció contar cuatro. Maldijo su mala vista y los achaques de su edad. Se acercó un poco más y al quedar casi debajo del balcón se quedó petrificada. No era una bandera lo que pendía hacia el vacío: era el cuerpo de una mujer desnuda y ensangrentada. Bajo ella, en el suelo de piedra, se extendía un gran charco espeso y oscuro.

Tras unos segundos de parálisis, y después de asimilar lo que estaba viendo, un alarido desgarrador escapó de su garganta. El grito retumbó en el silencio de la madrugada, amplificado por la acústica de la plaza rectangular.

Aunque la mayoría de los edificios eran bancos y comercios, los pocos vecinos que vivían allí se asomaron a los balcones de madera. Aparecieron con rostros somnolientos y en ropas de cama; algunos, debido al sofocante calor estival, salieron directamente en calzoncillos y camiseta.

—¡Una mujer muerta! ¡Hay una mujer muerta! —gritaba Francisca. En toda su vida en la villa no había visto cosa igual, salvo cuando desangraban los gorrinos en la matanza. Era lo más parecido.

—¿Qué te pasa, Francisca? —chilló una vecina desde un primer piso ajustándose un camisón de color rosa.

—¡Una muerta! ¡Aquí mismo, en el ayuntamiento!

—¡Hay que avisar a la Guardia Civil! —exclamó otra mujer, con el pelo revuelto, desde un balcón superior, al tiempo que su marido se asomaba tras ella.

—Hoy no están. Hasta el viernes no les toca patrullar aquí —respondió Francisca con la voz quebrada.

—¡Pues habrá que llamarles para que vengan de la capital! —sentenció el marido antes de meterse para telefonear.

—¿Sabes quién es? —insistió la del camión rosa.

—Ni idea... No me he atrevido a mirar mucho y tiene la cabeza ladeada. Pero parece joven.

—Será una turista entonces. Está el pueblo a rebosar.

A Francisca le flaquearon las piernas. Un sudor frío le recorrió la espalda y tuvo que sentarse en uno de los bancos de la plaza. La impresión era demasiado para su corazón.

En menos de media hora y pese a lo temprano que era, medio centenar de personas se arremolinaban en la plaza. El pueblo contaba con unos mil habitantes, pero en agosto la población se duplicaba.

Ángela detuvo el motor y observó el perfil dentado de Albarracín. El rojo de la arcilla, bajo la luz cruda de la mañana, le recordaba a una costra seca. Al bajar del coche, el aire afilado le encrespó los rizos pelirrojos. Cruzó la plaza hacia el ayuntamiento, donde el alcalde, Manuel Villanueva, la esperaba con el rostro desencajado y la mirada fija en el suelo, como si temiera levantarla.

—Sargento Morán, buenos días.

—Buenos días, señor alcalde —dijo Ángela haciendo el saludo marcial.

Villanueva no respondió. Señaló con una mano temblorosa hacia el balcón principal. Ángela alzó la vista y sintió un latigazo de náuseas. La mujer colgaba de la balaustrada desnuda por completo. Su piel, de una blancura lechosa, contrastaba con vio-

lencia con el color ocre de la piedra del edificio. La disposición era de una simetría espantosa: los brazos extendidos y el cabello rubio cayendo como una cascada de oro sucio sobre la plaza.

—Es un desastre, sargento, una infamia —balbuceó el alcalde secándose el sudor—. No es solo una muerte, es una profanación. En pleno centro del pueblo, a la vista de todos, en la casa consistorial...

—¿Es de aquí? —preguntó Ángela sin apartar los ojos del cadáver.

—No, parece que no es de aquí, debe de ser una turista.

El alcalde seguía mascullando sobre la prensa y la reputación. En ese momento, el cabo Andrés Blasco, apareció por el sopor-tal, impecable y con una calma que a Ángela le resultó reconfortante en mitad de tanto horror.

—Sargento, la zona está acordonada —anunció Andrés con voz profunda.

—Gracias, cabo. —Mientras, los agentes tomaban fotos y bajaban el cuerpo—. Ordena a los muchachos que cierren de inmediato los accesos al municipio. Aunque lo más probable es que el asesino haya huido esta noche no podemos descartar que siga aquí, al amparo de la multitud de los turistas.

El capitán Ramos se detuvo a un metro de Ángela. No miró al cadáver de inmediato: primero, recorrió con la vista la plaza, evaluando el despliegue de sus agentes, como quien escanea un tablero de ajedrez donde alguien acaba de hacer una jugada ilegal. Su presencia impuso un silencio tenso entre los vecinos. Ramos era un hombre de unos cincuenta años. Con el rostro curtido por el cierzo y un bigote gris recortado con precisión militar. Llevaba el uniforme impecable, sin una sola arruga. Se dirigió a Ángela:

—Informe, sargento —ordenó Ramos. Su voz era seca, como el crujir de la madera vieja.

—Mujer, joven, blanca, cabello rubio —respondió la sargento, cuadrándose instintivamente y conteniendo el rastro de amargura que aún le subía por la garganta—. No identificada por los locales, lo que refuerza la hipótesis de que es una turista. La puesta en escena es deliberada, mi capitán. Casi litúrgica. He ordenado el cierre de los accesos al pueblo.

Ramos alzó la vista hacia el balcón. Sus ojos, entornados por el sol, no mostraron ni una pizca de la náusea que Ángela había sentido minutos antes.

—¿Litúrgica? No sea poética, Morán. Esto es un mensaje —sentenció el capitán, señalando con el mentón la disposición de los brazos—. ¿Y dice que ha cerrado el pueblo? Albarracín tiene tres entradas principales y mil senderos por el monte. Si el que hizo esto tiene medio cerebro, ya estará desayunando en otra provincia.

—Aun así, es agosto, mi capitán. Esto es un hormiguero. Alguien tiene que haber visto algo anoche.

Ramos se atusó el bigote con un gesto mecánico, casi obsesivo.

—No quiero filtraciones a la prensa de Teruel antes de identificar a la chica. Y Morán... —Le clavó la mirada, con una severidad que Ángela conocía bien—. Asegúrese de que el alcalde deje de llorar por la temporada turística y empiece a colaborar con la lista de huéspedes de los hoteles. Si esto se nos escapa de las manos, el color rojo de este pueblo va a ser lo último que recuerden los visitantes.

—Entendido mi capitán.

—Proceda con el levantamiento en cuanto acabe el forense. Y Morán..., no quiero que este pueblo parezca el escenario de una película de terror. Busque el error, siempre hay un error por mucho que se crean artistas. Tenemos al alcalde que va a respirarnos en la nuca y la prensa de Teruel hará mucha fuerza. Le dejo a cinco agentes a su cargo además del cabo Blasco al que ya conoce. Espero que den su fruto lo antes posible.

—Sí, mi capitán, haré todo lo que esté en mis manos.

Tras la marcha del capitán Ramos, Ángela se entrevistó con el forense que había estado inspeccionando el cuerpo cuando lo descendieron.

—Dígame algo que me ayude, Aranda —pidió la sargento pelirroja acercándose al cadáver.

—Aún es muy pronto sin una autopsia, lo que le puedo decir es que murió desangrada, apostaría a que su cuerpo no tiene ni una gota. Y que parece que no hubo lucha, sargento. Pero sí un ensañamiento previo. Tiene hematomas en la cara, cortes en las arterias femorales y en la yugular y otras incisiones en vasos principales —Aranda hizo una pausa y siguió—: Además, tiene mutilaciones en los senos y genitales.

A Ángela se le desencajó el gesto, nunca se había enfrentado a un caso de semejante brutalidad.

—¿Ha sido violada?

—Es muy pronto para saberlo. —Aranda negaba con la cabeza—. Necesitamos un análisis más preciso.

El forense la dejó para llevarse el cuerpo al hospital y hacerle la autopsia. Ángela se quedó mirando a la ambulancia, dubitativa. Con el reloj en contra, tenía mucho trabajo por hacer. La prioridad ahora era identificar a la joven y determinar si era vecina de la localidad o una visitante como decía el alcalde. Con

unos veinte establecimientos hosteleros rozando el pleno de ocupación, la tarea no sería sencilla. Tendrían que cruzar datos para ver si se echaba de menos a alguien.

—Cabo Andrés —se dirigió a su hombre de confianza—, que nuestros agentes recorran todos los hoteles. Pregunten por cualquier comportamiento extraño o si falta alguien y que faciliten una lista de todos los huéspedes que tengan en estos momentos.